



AUGUSTO SANTELICES, El Juez-Poeta de Licantén

91

Por una de esas extrañas jagadas del calendario estamos reunidos en el día de hoy para conversar sobre Augusto Santelices, justo cuando se acaba de cumplir, hace una semana, el séptimo aniversario de su fallecimiento, ocurrido el 1° de mayo de 1980, a los 75 años de edad. El silencio, esa muerte más fuerte que la muerte, no ha echado raíces sobre el nombre del poeta. En la región del Maule su presencia sigue viva y permanente entre los que lo conocieron. En Licantén, escenario de sus afanes y de la última jornada, su recuerdo está presente a través de innumerables anécdotas y el cariño de los que fueron sus amigos. El mitológico Vichuquén, donde nació el 14 de septiembre de 1907, y que Santelices designara en un artículo como "Tierra de olvido", no lo tiene para él. Al conmemorarse cuatro siglos de su fundación, en 1985, la ciudad monografía del histórico lugar en ediciones de *La Prensa*, de Curicó, le dedica en el capítulo quinto, "Cómo vieron Vichuquén", numerosas páginas que comienzan un estudio del fraternal Carlos René Correa y una viva semblanza de su estampa de hombre de letras y magistrado, por Oscar Ramírez Morino, mientras del mismo Santelices se incluye una visión nostálgica de Vichuquén y un relato sobre el legendario "Do Olayo", que se autoproclamaba Rey de la Occulta y Almanac y Emperador de todas las Rancias, con "c", el que parecía cuenta abajo en su carrera y anticipándose a Flaminio proclamaba: "Como voy contra el sol llegaré más temprano".

Mi primer conocimiento del poeta tiene alguna antigüedad, o mejor dicho, no conocimiento sino noticia. En la ya lejana niñez, y aún después, quizá hasta los veinte años, alcancé para mí singular importancia un grueso tomo con recortes de diarios y revistas que una día coleccionaba y pegaba cuidadosamente y que llamábamos "El libro de Anécdotas". En él, sin fecha ni especificación de origen, hay un poema, tal vez publicado en *Zig-Zag*, que se titula "Sólo diez años antes", de Augusto Santelices. Su especial atracción residía a la par en la belleza de la forma y en el asunto que trataba, y la finura con que el poeta le decía, con toda elegancia, "vieja" a una mujer.

*Mi no velas blancas, rutilas y
divinas,
que en los mares del mundo jamás
podré alcanzar.
Sólo porque tu barca parás diez
años antes
yo no te podré amar.*

Ese fue el primer contacto y el primer juicio. Personalmente lo conocí sólo muchos años después.

Su trascendencia ariba a la capital— "horrado con unos técnicos bonitos"—, ha quedado en sus *Recuerdos Personales*: "Yo llegué de provincia a Santiago el famoso año 20, cuando la Federación de Estudiantes estaba en plena efervescencia—Santiago Labarca, los Gandolfo, Domingo Gómez Rojas, el Pelado Soto, Roberto Mera Fuenes— y don Ladislao Errázuriz iniciaba su propia guerra con el Perú, "La Guerra de don Ladislao". Y cuando el local de la Federación fue asaltado, y cuando la candidatura de don Amaro Alexandri se gestaba"—, cuando Neruda vivió en Marín a pocas cuadras de mi casa en López, en pleno barrio de La Chinita, todo aquello era más que la locura. Todos andábamos con una estampilla pegada al canso, aquel sombrero tieso, de ala trenzada, con la efígie de don Amaro".

Toda entonces doce años y se define a sí mismo como "mucho de Humanidades", las que había empezado a cursar en el Liceo de Talca y continuaba en el Valerón Lencier de Santiago, donde encuentra la comprensión de Mariano Latorre para sus inquietudes literarias. Alegres, dada entre Medicina y Leyes, como carreras a seguir. Por último la balanza se inclina por Derecho, estudios que inicia en 1925 en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile, donde su actividad lo encuentra en 1928 ejerciendo el cargo de Director del Centro de Derecho. En 1930 es licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales, optando al grado correspondiente con una tesis sobre "Situación económico-social de Iberoamérica". Ya en 1926 su inquietud lo había llevado a plantear en un ensayo un tema que no pierde vigencia: "El imperialismo yanqui y su influencia en Chile".

En medio de los códigos, un embargo, no faltaba tiempo para los versos: colaborador en los diarios *El Mercurio* y *Últimas Noticias* y de las revistas *Zig-Zag* y *Letras*, de Santiago, sus afanes encontraron también puertas abiertas más allá de la frontera, en *Andena*, de Montevideo, y *Atlántida* y *Aérea*, de Buenos Aires. En 1928 la Federación de Estudiantes había puesto en circulación la revista *Llamán* y de ella dos poemas, uno de Julio Barrocheta y otro de Augusto Santelices; logran llamar la atención de Hernán Díaz Arrieta (Alonso), que, en *La Nación*, afirma que "sus flamas hablan dado dos chapas", refiriéndose a ambos poetas. Un verdadero aficcionado.

Oreño Plath es memorioso testigo de la sorprendente intervención de Augusto



Los hilos de siempre, 1965.

Santelices en el desaparecido Teatro Nacional durante una función de beneficio en sus tiempos de estudiante. Entre los números de variedades se anunciaba al poeta. Su presentación resultó impactante: más que delgado, flaco y pálido, enfundado en esmoche y enlutado traje negro, luciendo polainas blancas, y en vez de los consabidos versos de amor, una parodia de "La princesa está triste, que tendrá la princesa..." seguida de su propia y recién inaugurada "Oda a la hostilia", celebrada con atronadores aplausos y que desde ese momento pasó a formar parte de la Antología particular de cada universitario de la época. De cierta manera Neruda fue propagandista del poema. Cuenta Santelices en *Recuerdos Personales*: "Y hubo un momento en que Neruda regresaba de Rangoon, donde fue Crisol, después de años de ausencia y el cotarro literario de Santiago estaba dividido o revuelto. Entonces alguien descubrió que Julio Barrocheta y yo, los poetas de moda en esos días, amigos de todos, éramos los llamados a organizar la recepción, y julio y yo organizamos una tremenda fiesta en

el Marín. Para mí, lo más extraordinario fue aún que, a los poetas, hubo de recitar a pedido de la concurrencia, el "Poema a la hostilia", y que Neruda me abrazó encantado. Yo sentía vergüenza de decir esos versos tan vulgares ante tan selecto invitado". Pero hubo algo más. Cuando Neruda llegó a ser embajador en París, por inasistencia de René Friauf Ojeda, se dirigió a Santelices, "olvidadísimo poeta", como lo designa, para que le enviara una copia. El Neruda festivo y jugando quería presentarlo en un "show" en la Embajada.

*¡Oh, Señora! ¡Oh, Señora!
del corazón ardido de soles y de
estrellas,
huda maravillosa, diosa de la ale-
gría,
a la inflaja se irruca la noche por el
día,
se muda en oro el cobre,
se vuelve el pobre rico y el rico queda
pobre.*

Augusto Santelices, el juez poeta de Licantén [artículo]
Emma Jauch.

AUTORÍA

Jauch, Emma, 1915-1998

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Augusto Santelices, el juez poeta de Licantén [artículo] Emma Jauch.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile